

PATRIA Y PARADOJA: CONFLICTOS DE IDENTIDAD EN LA GUATEMALA COLONIAL

Bajo el Volcán núm. 19, año 12, septiembre 2012-febrero 2013, pp. 17-28

W. George Lovell

Profesor de geografía en Queen's University en Kingston, Ontario, Canadá.

lovellg@queensu.ca

Fecha de recepción: 15 de octubre del 2012

Fecha de aceptación: 5 de noviembre del 2012

RESUMEN

En su extraordinaria crónica, la *Recordación Florida*, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699) nos dejó una selección vertiginosa de observaciones sobre la tierra y la vida en Guatemala colonial. El tataranieto del conquistador Bernal Díaz del Castillo, Fuentes y Guzmán, es la personificación de las rivalidades y tensiones que se dieron en el transcurso del tiempo entre españoles y criollos, a menudo hasta el punto del conflicto, respecto a derechos y privilegios, sobre todo cuando se trataba de la explotación de los frutos del trabajo indígena. Los criollos mostraban marcados conflictos de identidad, venerando sus raíces hispánicas a la vez que luchaban por afirmarse a sí mismos, nacidos y criados en el Nuevo Mundo como diferentes, pero igualmente merecedores que sus antepasados de la Península Ibérica. Su portavoz más representativo fue Fuentes y Guzmán, elocuente, aunque intrincado; lúcido, pero a la vez opaco, un emblema barroco en palabras y en obras. Severo Martínez Peláez (1925-1998) escarba la *Recordación Florida*, con infortunios y todo, y convierte a Fuentes y Guzmán en un personaje crucial de *La patria del criollo* (1970), su crítica marxista de cómo se llegó a formar Guatemala. El examinar cómo un texto clave influye a otro nos permite atisbar cómo las experiencias infantiles de estos dos hombres tienen muchos puntos de comparación, resaltando de vez en cuando su modo de representar las relaciones étnicas en la tierra que ambos amaron.

Palabras clave: *Recordación Florida*, Guatemala, colonia, identidad, Severo Martínez Peláez.

ABSTRACT

In his remarkable chronicle, the *Recordación Florida*, Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699) left us a giddy array of observations about land and life in colonial Guatemala. The great-great-grandson of conquistador Bernal Díaz del Castillo, Fuentes y Guzmán epitomizes the rivalries and tensions that arose over time between Spaniards and criollos, often at loggerheads concerning rights and privileges, especially when it came to exploiting the fruits of indigenous labor. Criollos exhibited marked conflicts of identity, venerating their Hispanic roots while at the same time struggling to assert themselves, New World born and raised, as separate and distinct from, but just as worthy as, their peninsular Spanish forebears. They had no more representative a spokesman than Fuentes y Guzmán, articulate yet convoluted, lucid yet opaque, a baroque emblem in word and deed. Severo Martínez Peláez (1925-1998) mines the *Recordación Florida*, infelicities and all, and makes Fuentes y Guzmán a pivotal character in *La patria del criollo* (1970), his Marxist critique of how Guatemala came to be. Examining the ways in which one key text influenced another affords us a glimpse of conflicting identities in the Spanish scheme of empire, and beyond.

Key words: *Recordación Florida*, Guatemala, colony, identity, Severo Martínez Peláez.

Hacen realmente una extraña pareja. Uno es un ícono barroco, cuya crónica florida es la personificación de este periodo: sus preferencias, sus prejuicios, sus predilecciones. El otro es también una criatura de su tiempo, pero nació dos y tres cuartos de siglo más tarde; es, quizá, más sombrío, pero también florido a su propia manera inimitable. La generosidad de aquel inspiró a este para que produjera su propia cornucopia. Ambos criollos, de templates ideológicos extremadamente diferentes, distintos sino incompatibles, mediadores cuyo diálogo se zambulle en las profundidades de la tierra que ambos amaron: Guatemala.

Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699). Severo Martínez Peláez (1925-1998). *La Recordación Florida* y *La patria del criollo*: ambas son elegías complejas y elaboradas, de varios matices y niveles de profundidad, escritas, respectivamente, por un hijo de la capital de un reino colonial y, por otro, de su segunda ciudad colonial. ¿Cómo puede uno comprender una relación que, a primera vista, ningún sentido tiene? Nuestro argumento se basa en experiencias viscerales que ambos hombres vivieron durante su infancia, experiencias que los marcaron de por vida.

Martínez Peláez ([1970] 1998: 15-17) nos presenta a Fuentes y Guzmán en las primeras páginas de su obra maestra, no como un hombre adulto al servicio del rey y de la patria, sino como un niño de ocho años, aterrorizado al encontrarse en medio de un terremoto. Es un pasaje memorable y el principio de su diálogo:

El día 18 de febrero de 1651 fue un día terrible para la ciudad de Santiago de Guatemala. A eso de la una de la tarde –era un sábado– comenzó a retumbar el suelo y sacudirse violentamente. Muchos edificios se derrumbaron con estruendo en aquellos momentos. Otros quedaron seriamente dañados y continuaron desplomándose con los temblores siguientes, pues los hubo de día y de noche durante más de un mes... Pobres y ricos, aunados momentáneamente por el pánico, acudían a los atrios de los conventos a confesar con prisa sus culpas. Y en las torres, que malamente se sostenían en pie, gemían las campanas sacudidas por la mano invisible del terremoto.

En la muchedumbre que se aglomeraba por aquellos días en los atrios, se hallaba un niño que no olvidó jamás las impresiones del terremoto y que, 40 años más tarde, iba a recordarlas en las páginas de una célebre crónica. “[E]n el atrio de San Francisco, siendo yo ocho años de edad a la sazón, me acuerdo haber visto muchas personas... confesar sus culpas a voces”.

La fecha exacta en que Martínez Peláez conoció por primera vez a Fuentes y Guzmán no es muy clara. No obstante, en 1954 huyó a México para salvar su vida tras el derrocamiento en Guatemala del presidente Jacobo Arbenz Guzmán, cuyas reformas agrarias y socioeconómicas apoyaba Martínez Peláez (en aquel entonces un activista estudiantil de alto perfil) y a favor de las cuales hablaba públicamente. Ya en el exilio, años más tarde, le contó a Edelberto Cifuentes Medina (2002, 131-32) que “decidió llevarse un ‘pedazo’ de patria y lo que consideró más apropiado fue la *Recordación Florida* de Fuentes y Guzmán”. Aunque *La patria del criollo* se creó en la década siguiente, su génesis está arraigado crucialmente en aquella huida de la intervención imperialista y en su lucha contra ella.

¿Qué es lo que hizo que la *Recordación Florida* ejerciera tal influencia sobre Martínez Peláez? ¿Era el único en entrever algo de valor único,

cualidades que los otros no lograban discernir o descartaban enseguida como inútiles, pedantes o irrelevantes? ¿Qué es lo que convirtió a Fuentes y Guzmán no sólo en una fuente de gran cantidad de información, sino también, en manos de Martínez Peláez, en un protagonista prominente, es decir, en *el* protagonista, de *La patria del criollo*?

DE VUELTA A TRAVÉS DEL ESPEJO

Basándose repetidamente en sus contenidos, Martínez Peláez ([1970] 1998: 13) menciona que la “destacada importancia” de la *Recordación Florida* fue crucial en la composición de *La patria del criollo* por tres razones de peso: “primero, como fuente de noticias variadísimas; segundo, como testimonio de situaciones sociales muy complejas; y tercero, como reflejo de ciertas modalidades del pensamiento colonial”. La tercera razón es la más pertinente para nuestro objetivo. Martínez Peláez deja claro que su propósito no es una biografía en sí: las “frecuentes alusiones a la vida del cronista son pretextos expositivos, pretextos para entrar, en forma graduada y viva, a la concreción de la existencia colonial”. Tras penetrar “aquella existencia”, la *Recordación Florida* “cede lugar a muchos otros documentos de alto valor histórico”. Sin embargo, Fuentes y Guzmán “nos abandona [cuando estamos] orientados ya a su mundo”. Martínez Peláez también deja claro que “los numerosos análisis que se hacen del pensamiento de aquel notable hombre... no son... refutaciones o ataques... sino solamente explicaciones del porqué de aquella manera de pensar”. Su modo de indagar “tiene la única finalidad de sacar a luz las motivaciones más o menos profundas de aquel comportamiento”.

Y así Martínez Peláez ([1970] 1998: 17) pregunta, retórica pero incisivamente, “¿quién era aquel hombre?” La respuesta, por supuesto, debe ser contextual y pertenecer a contingencias colectivas. Lo primero en abordarse es la línea de sangre. Por el lado materno, Fuentes y Guzmán era de buen linaje español, nada menos que el tataranieto de Bernal Díaz del Castillo, el soldado veterano que luchó al lado de Cortés en la conquista de México y quien, al asentarse en Guatemala tras el final de las batallas, escribió el célebre testimonio *Historia verdadera de la conquista de la Nueva*

España ([1632] 1955). El lado paterno de la familia era también ilustre, pero ningún pariente era tan apreciado como “mi Bernal, mi Castillo”. Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932-33, tomo 1,1) desborda de orgullo cuando recuerda: “habiéndome dedicado en mi juvenil edad a leer... el original borrador de el heróico y valeroso capitán Bernal Diaz del Castillo, mi rebisabuelo, cuyo manuscrito conservamos sus descendientes con aprecio de memoria estimable”. Martínez Peláez ([1970] 1998: 19) enfatiza que Fuentes y Guzmán se consideraba a sí mismo “no sólo un descendiente de conquistadores, sino además un heredero de la conquista”, miembro de “un grupo de familias [que] poseían tierras, disponían del trabajo de los indios para hacerlas productivas y controlaban ciertos puestos de autoridad”. Sobre todo, pertenecía a una clase de “criollos, como nos llaman” y se identificaba a sí mismo como tal.

¿Qué actos de lealtad surgían de esto y cuáles eran las tensiones, contradicciones y retos que acompañaban a una afiliación tan designada y de afirmación propia?

EL ENIGMA CRIOLLO

Martínez Peláez ([1970] 1998: 19-20) fundamenta la conciencia criolla de Fuentes y Guzmán y de su clase en “el prejuicio de la superioridad hispana”. Nota que la palabra “criollo”, en su sentido más estricto, “designaba a los hijos de españoles nacidos en América sin ningún mestizaje”. Creada inicialmente para referirse a “los hijos de los conquistadores y primeros pobladores,” más adelante “la constante inmigración de españoles a las provincias le fue dando nuevos matices a la acepción primitiva”. Aparecieron distinciones entre “un criollo nuevo [y] un criollo de viejo abolengo indiano, porque los descendientes de conquistadores no querían ponerse en un plano de igualdad con los hijos de aventureros recién llegados”. Mientras tanto, los que pertenecían al segundo grupo mantenían que su estatus de recién llegados de España valía más que los lazos ancestrales, algo que no fue bien recibido por los criollos que ya llevaban tiempo establecidos allí y “preferían llamarse a sí mismos *españoles*, haciendo a un lado su lugar de nacimiento y subrayando su origen”.

GAVILANES Y POLLOS

Para llegar al corazón de la hostilidad que se desarrolló entre españoles peninsulares y criollos nacidos en Guatemala, y para resumir las relaciones de manera un tanto irónica, Martínez Peláez ([1970] 1998: 38) recurre a un refrán entretenido y pertinente: “Gachupín con criollo, gavilán con pollo”. El refrán se refiere claramente “a la enemistad entre españoles y criollos, e insinuaba ciertas ventajas de los primeros sobre los segundos”, ventajas que eran resentidas y deseadas por igual.

Medio siglo antes de que consumiera la atención de Fuentes y Guzmán, la tensa relación había sido notada y comentada por el fraile dominicano inglés Thomas Gage. Durante su estancia en Guatemala, Gage ([1648] 1928: 113 y 122) observó que los dos grupos eran “enemigos mortales” que “nunca estaban de acuerdo” y se contemplaban los unos a los otros con “resentimiento y odio”. El desprecio era tan marcado, sostenía Gage, que si Inglaterra fuera a lanzar un ataque contra las colonias españolas, los invasores se encontrarían con que contaban con el apoyo de criollos desafectos.

Gage no tenía necesidad de tomar partido. Sin embargo, su ojo observador captó no sólo la arrogancia peninsular, sino también la truculencia, la pedantería, el engaño y la pereza de los criollos. Aunque condena a ambos grupos dominantes por igual, guarda ciertas palabras particularmente severas para el carácter y la disposición de los criollos. “Tienen un espíritu de guerra extremadamente cobarde”, menciona, “y aunque dicen que bien les gustaría ver España, no se atreven a aventurarse al mar; consideran que dormir seguros es la mejor máxima para sus espíritus criollos”. Gage ([1648] 1928: 158 y 1702: 21) capta el resentimiento criollo con singular perspicacia cuando escribe que “no sólo... están excluidos de tomar posesión de cargos, sino que los españoles les acusan diariamente de ser incapaces de gobernar de cualquier manera y los llaman medio-indios”.

¿Ser considerados “medio-indios”, sobre todo en un país tan consciente de las cuestiones de raza como es Guatemala? Martínez Peláez ([1970] 1998: 91), casi incrédulo, llama inmediatamente nuestra atención al hecho de que las características negativas del carácter criollo eran contrastadas

con los atributos positivos de los inmigrantes españoles, quienes tenían, en su mayoría, mentalidad para el comercio. El criollo habitual, por otro lado, se dedicaba a “consumir sin producir, disfrutar sin trabajar, vivir como parásitos y aún despreciar a quienes les daban de comer”, una actitud que no conducía, ni mucho menos, a “la aparición de tipos humanos bien integrados”.

Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932, tomo 1: 69 y 112) se refiere a los españoles peninsulares como “advenedizos” y “allegadizos y malsines”, términos que pueden ser interpretados como “recién llegados” o “forasteros”, pero que también conllevan el estigma más irrisorio de “engreídos”. Martínez Peláez se pregunta lo mismo que Fuentes y Guzmán se planteó durante toda su vida adulta: ¿por qué los españoles se consideraban superiores a los criollos en todos los aspectos?

Por más que lo intentara, Fuentes y Guzmán ([1690-99] 1932-33, tomo 1: 64, 110, 121 y 184) nunca pudo contestar esta pregunta de modo para él satisfactorio. Se le escapaba, sobre todo cuando comparaba los peligrosos primeros años de la Colonia con “el regazo y blandura de la paz que hoy gozamos”, o cuando recordaba “aquellos que nos dejaron ganada la tierra, y fundamentado lo que sin otro trabajo que entrarnos dentro gozamos”. Llega hasta el punto de afirmar que “todo lo que hoy gozamos [viene] por la industria y tesón de laborioso de aquellos heroicos españoles”. ¿Cómo podían estos “advenedizos” desagradecidos, que habían llegado tarde al festejo, no ver por sí mismos cómo eran las cosas? “En estos tiempos no se atiende a los verdaderos méritos de quienes verdaderamente sirvieron a Dios y a Su Majestad, y que ganaron esta tierra llena de abundancia y delicias”, lamenta el cronista. “Los que la poseen se olvidan de estos varones, en todo grandes, a quienes tanto deben.”

LA PATRIA DEL CRIOLLO COMO REALIDAD COLONIAL GUATEMALTECA

Observamos antes que, cuando Martínez Peláez dejó Guatemala para buscar refugio en México tras el derrocamiento del presidente Arbenz en 1954, llevó consigo un “pedazo de patria” en la forma de la *Recordación Florida*. Sólo él conoce plenamente las razones por hacer esto, pero entre

ellas ha de haber sido que, sin contar las cuestiones de la ideología y el paso del tiempo, Martínez Peláez sentía que se podía identificar con Fuentes y Guzmán en maneras de las que sabía que podría escribir, años más tarde, produciendo un efecto iluminante. Los dos hombres, a pesar de sus profundas diferencias, compartieron ciertas experiencias formativas que influyeron su manera de concebir el mundo. Los acontecimientos de su infancia tuvieron una importancia visceral para ambos.

Igual que Fuentes y Guzmán, Martínez Peláez provenía de un linaje criollo habilidoso, por mucho que renegara de él. A finales del siglo XIX, su abuelo se encontraba entre los numerosos inmigrantes de Asturias, en el norte de España, que se dirigieron hacia América Latina, acabando no en Argentina, Cuba o México, como sucedía con la mayoría, sino en Guatemala. Allí tuvo un hijo, Alfredo Martínez Rodríguez, quien se casó con Alicia Peláez Luna, la madre de Martínez Peláez, perteneciente a una “antigua familia criolla”. Los padres de la mujer eran notablemente acaudalados, propietarios de grandes fincas, entre ellas una farma cafetalera en la Costa Cuca del Pacífico. Así como ocurría con Fuentes y Guzmán cuando su padre lo llevaba de niño a inspeccionar la propiedad de la familia, también Martínez Peláez se deleitaba con estas excursiones en el campo guatemalteco con su padre, viendo con sus propios ojos la belleza de la tierra, quedando maravillado ante su capacidad productiva y teniendo la oportunidad de observar de cerca la vida rural en general. A menudo se percataba de que eran los indios quienes cargaban con el mayor peso. Una vez comentó a José Enrique Asturias Rudeke (2000: 36) qué tan incómodo se sentía, al llegar a la mayoría de edad, cuando escuchaba a sus familiares y a otros terratenientes hablar irrespetuosamente “sobre la clase social que los sostenía”. La disparidad entre lo que observaba, es decir, indios que trabajaban duro sin parar, y lo que tenía que escuchar, quejas de que los indios no trabajaban lo suficientemente duro, era extrema.

La lectura de la *Recordación Florida* permitió a Martínez Peláez ([1970] 1998: 16-17) distinguir en Fuentes y Guzmán (a quien, al principio, cariñosamente llama Francisco) emociones que se parecían mucho a las suyas cuando crecía, sobre todo en relación con “la clase social que los sostenía”, los indios y otros cuyo trabajo era servir a sus amos:

Amén de los temblores, la infancia de Francisco debe haber transcurrido en un ambiente regalado y seguro. Allí estaban los padres y los abuelos para velar por su bienestar. Allí estaban las imágenes protectoras de los santos en el altar doméstico. Y estaban también los sirvientes y un esclavo negro, de ademán sencillo y servicial. La casa misma –su casa– ofrecía por fuera unos ventanales salientes con tupidas y fuertes barras y un pesado portón que no hubieran podido derribar veinte indios, aún escogidos entre los más forzudos, suponiendo que se les ordenase realizar tan estúpida e improductiva tarea.

La manera de los criollos de relacionarse con los indios, vista a través de los ojos infantiles de Fuentes y Guzmán, era considerada por Martínez Peláez muy parecida a cómo eran tratados en su día, siglos más tarde. Y sigue:

Los indios, si bien es cierto que había que tenerlos a raya y patentizarles en todo momento su subordinación –consejo cotidiano de los padres y abuelos– no es menos cierto que a la casa llegaban siempre como portadores de algún beneficio. Él los veía casi a diario en el zaguán, sudorosos y jadeantes, descargar de sus espaldas la leña, los granos, las legumbres, la leche, la panela y muchos otros bienes sin los cuales la existencia no habría sido todo lo agradable que en realidad era.

A este punto de su narrativa, Martínez Peláez reconstruye una escena de la *Recordación Florida*, en la cual Fuentes y Guzmán cuenta un intercambio con su abuela, la nieta (no olvidemos) de Bernal Díaz:

Si él hacía ademán, pongamos el caso, de querer chancearse con algún chicuelo acompañante de los indios, en el acto se veía asido por la mano enérgica de la abuela, quien lo apartaba con un susurro insistente y enfático: “Aparte somos nosotros y aparte los naturales”. También debe haberle sorprendido oír decir, en mitad de las largas conversaciones sobre los defectos de los indios, que estos *mamaban* todo lo malo que se les atribuía. ¿Acaso no eran indígenas las “nanas” o nodrizas que amamantaban a los niños en muchas casas de la gente rica?

Martínez Peláez concluye esta interacción con un comentario: “Ciertamente, había en todo estos absurdos incomprensibles para la lógica de un niño”.

Observar Guatemala desde el punto de vista de un niño, en la época en que lo hizo Fuentes y Guzmán, causó una gran impresión en Martínez Peláez, aun más porque se trataba de un punto de vista con el que se podía identificar y que, de hecho, convirtió en una especie de epifanía en *La patria del criollo*. El argumento fundamental del libro es que Guatemala permanece en una sociedad colonial de corazón porque las condiciones que se dieron hace siglos, cuando la España imperial prevaecía, han perdurado. Las circunstancias económicas que aseguran la prosperidad para unos pocos y las privaciones para la mayoría no se vieron alteradas ni por la Independencia de 1821 ni, tras casi medio siglo de gobierno conservador, por las reformas liberales de 1871, cuando las políticas promovidas por el presidente Justo Rufino Barrios convirtieron a Guatemala en una “república cafetalera” y no hicieron más que exacerbar las geografías ya crónicas de desigualdad. Los pocos en cuestión, por supuesto, son un grupo de élite de criollos, quienes asumieron el papel de gobernar Guatemala sin las confrontaciones sangrientas que se vivieron en otras partes del continente americano español; la mayoría son indios mayas, cuyo empobrecimiento y cuya explotación son compartidos por muchos guatemaltecos de raza mixta. En un enérgico pasaje concluyente, Martínez Peláez insiste ([1970] 1998: 484-85):

Se está viendo, pues, cómo los grandes problemas de fondo de la actualidad guatemalteca son realidades coloniales que se han mantenido por mucho tiempo después de la emancipación, sin alterar su esencia a pesar de ciertos desarrollos. Especialmente importante es no engañarse acerca de la Reforma [y su] ropaje ideológico liberal, [porque] la verdad es que *las dictaduras cafetaleras fueron la realización plena y radicalizada de la patria criolla*. La clase criolla creó la nación y la nacionalidad guatemaltecas... Debe enfatizarse el hecho que nunca fue la sangre española ni el color de la piel lo que configuró y compactó a la clase criolla [sino] la función acaparadora de la tierra y explotadora de trabajo servil.

Martínez Peláez ([1970] 1998: 424) no enfatiza este punto recurriendo a fuentes de archivo o literatura publicada, sino basándose en la memoria de su infancia, sin duda recordando a Fuentes y Guzmán. Ésta se vincula con una escena de la que fue testigo un día en su natal Quetzaltenango, donde se dio cuenta de que había bandos de indios amarrados juntos en una calle de la ciudad, cercados antes de ser llevados a pie o en camión a la costa para hacer trabajos forzados, “seguidos a veces por grupos de mujeres indígenas a corta distancia”. Recuerda vívidamente: “Aun los niños sabíamos que venían de los pueblos del altiplano, e iban a trabajar a la fincas de café de la Costa Cuca”.

La última palabra se debe dedicar, con todo respeto, a Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, al hombre que infundió vida nueva a la *Recordación Florida* al convertir a ésta (y a él mismo) en el elemento central de *La patria del criollo*, extrayendo de una crónica barroca la materia cruda de la cual se hace una crítica marxista. “Triste cuadro colonial”, comenta Severo Martínez Peláez, “que el autor de este libro vio muchas veces... a mediados del siglo XX”.

RECONOCIMIENTOS

Los editores de dos colecciones (Peláez Almengor, 2000; Velásquez Carre-ra, 2008), así como los numerosos contribuyentes de éstas, me dieron qué pensar, pero fueron las conversaciones con Edelberto Cifuentes Medina y Carlos Figueroa Ibarra las que me convencieron de que, quizá, haya descubierto algo respecto a cómo Martínez Peláez vio en la infancia de Fuentes y Guzmán ciertas experiencias con las cuales podía relacionarse. Nuestro “Simposio Severo”, en el 54° Congreso Internacional de Americanistas en Viena, resultó ser un foro amigable, del cual también me beneficié enormemente. El trabajo citado, así como el mío, es impregnado por un aire empírico; sin embargo, cualquiera que desee lidiar con cuestiones más teóricas de identidad, relaciones sociales y expresiones literarias se encontrará con que Carrillo (2009) tiene mucho que ofrecer.

REFERENCIAS

- Asturias Rudeke, José Enrique (2000), "Historia de un historiador", pp. 31-59 en Oscar Peláez Almengor (ed.), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Carrillo, Ana Lorena (2009), *Árbol de historias: Configuraciones del pasado en Severo Martínez y Luis Cardoza y Aragón*, Guatemala: Ediciones del Pensativo.
- Cifuentes Medina, Edelberto (2000), "José Severo Martínez Peláez: Una vida hecha obra de arte", pp. 89-132 en Oscar Peláez Almengor (ed.), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Díaz del Castillo, Bernal ([1632] 1955), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina.
- Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de [1690-1699] 1932-1933, *Recordación florida: Discurso historial y demostración natural, material, militar y política del reyno de Guatemala*, 3 vols., editado y prologado por J. Antonio Villacorta, Ramón A. Salazar, y Sinforoso Aguilar, Biblioteca "Goathemala," vols. 6-8, Ciudad de Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.
- Gage, Thomas [1648] 1702, *A Survey of the Spanish West-Indies*, London: Thomas Horne.
- _____ [1648] 2002, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*, México: Fideicomiso Teixidor.
- Peláez Almengor, Oscar (2000), *La patria del criollo: Tres décadas después*, Guatemala: Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos.
- Velásquez Carrera, Eduardo Antonio (comp.), *Severo Martínez Peláez, In Memoriam: La patria del criollo, Un cuarto de siglo después*, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, Universidad de San Carlos de Guatemala.